

HOMILÍA
DOMINGO XXX – TIEMPO ORDINARIO
29 de octubre del 2023

- Buenos días, queridos hermanos y hermanas, doy nuevamente la bienvenida a esta celebración de domingo a quienes están presentes en esta hermosa Basílica de San Francisco, en la ciudad de La Paz, y también saludo a quienes por distintos motivos no pueden asistir de manera presencial y siguen esta transmisión por los diferentes medios de comunicación y en diferentes horarios,

- Un saludo a todas las familias que nos ven desde sus hogares, a quienes lo hacen desde los hospitales, cárceles, asilos de ancianos, etc. Quiero decirles que, aún estando separados por la distancia, debemos sentirnos cercanos, más allá de lo lejos que estemos, pues estamos unidos por la fe y todos formamos parte del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia.

- Hoy, la palabra de Dios viene a evidenciar una gran injusticia, el atropello y abuso que muchas veces sufren hermanos nuestros, vulnerando incluso derechos humanos fundamentales; con pena, debemos reconocer que en pleno siglo XXI, en pleno 2023, en el mundo y en nuestro país todavía hay gente que se aprovecha de otros. Los que más sufren este atropello son los pobres, los vulnerables. Veamos que nos dice la Palabra de Dios al respecto.
- El texto de la primera lectura, tomado del libro del Éxodo, dice que el Señor dio a su pueblo normas, dice concretamente: “Estas son las normas que el Señor dio”. Si bien habían normas litúrgicas, normas de conducta social y personal, también estaban aquellas normas que buscaban el cuidado no solo de las personas en general, sino de aquellas personas vulnerables, de los pobres; dirá así el Señor: “No maltratarás al extranjero...no harás daño a la viuda ni al huérfano”, y frente al pobre dice: “No te comportaras con él como un usurero”, y no le quites “su único abrigo”. Como vemos, son grupo de frágiles ante el peligro; el extranjero que está lejos del cobijo de su tierra y su

gente, que tiene que enfrentarse a normas y leyes ajenas a su país, donde además, lejos de su país, no cuentan como personas, sino muchas veces son vistos como un problema. La migración es un tema que debe ser enfrentado de modo efectivo y urgente, son personas que se ven obligados a salir de su territorio, uno no es migrante por gusto o moda.

- El texto habla también de la viuda que no tiene a nadie que le proteja, en ella se ven reflejadas muchas madres que deben llevar adelante a la familia solas, muchas veces sin acceso al trabajo, expuesta al maltrato y la violencia; también se habla del huérfano, pensemos en la gran cantidad de niños que quedan en la orfandad a causa de la creciente violencia hacia las mujeres, y está también el pobre que se tiene que enfrentar a diferentes situaciones de necesidad, alimento, salud, incluso lo básico para vivir.
- El autor del texto bíblico sabe que este grupo de personas necesitan un cuidado particular; podemos decir ahora y con conocimiento de causa, que se les debe garantizar dicho cuidado por medio de políticas públicas que, más

allá de aprovecharse de su necesidad, estas necesidades sean atendidas ya. Aquí un llamado particular a cada una de nuestras autoridades, a todos aquellos que se hacen llamar servidores públicos: es urgente que se atienda las necesidades de tanta gente que aún vive en la pobreza, no maquillemos nuestra realidad con propaganda que describe algo que no es cierto ni real, o estadísticas y datos autocomplacientes con que se nos pone a la par de países desarrollados, o nos posicionan en rankings mundiales o regionales, sino miremos nuestra realidad y comprendamos mejor que muchos de los beneficios de los que se nos habla son solo para algunos, pero hay muchos otros que aún se ven sumergidos en la pobreza y falta de atención en servicios básicos.

- Hemos nombrado a los migrantes, viudas, huérfanos, pobres que sufren violencia, sin embargo, no podemos volcar la mirada a la situación que estamos viviendo hoy como país que de un modo directo afecta a toda persona, pero de modo más dramático como siempre a la gente pobre. Me

refiero a la crisis ambiental que estamos sufriendo. El Papa Francisco nos lo recuerda en su última exhortación sobre el medio ambiente, donde dice: “Por más que se pretendan negar, esconder, disimular o relativizar, los signos del cambio climático están ahí, cada vez más patentes. Nadie puede ignorar que en los últimos años hemos sido testigos de fenómenos extremos, períodos frecuentes de calor inusual, sequía y otros quejidos de la tierra que son sólo algunas expresiones palpables de una enfermedad silenciosa que nos afecta a todos”.

- Es urgente, en este sentido, que asumamos nuestra responsabilidad desde lo que nos toca, a cada ciudadano se debe exigir mayor responsabilidad en su convivencia con el entorno, desde el buen manejo de la basura, evitando tirarla en la calle, hasta el uso racional del agua, etc. A las autoridades públicas: necesitamos normativas mucho más efectivas para evitar, por ejemplo, la contaminación del aire, agua y cielo, no es suficiente lo que hasta ahora se hizo, no se puede permitir una indiscriminada tala y quema de bosques a solo

pretexto de asentamientos y siembra que solo responde a ideologías de moda y no a políticas adecuadas de uso de suelos; no se puede permitir la violenta toma de territorios para la explotación aurífera, y menos aún, permitiendo el uso de químicos letales para la vida de la gente que habita en ese entorno. La solución de todo esto no va con asumir medidas paliativas, es necesario medidas que a corto, mediano y largo plazo ayuden a solucionar el problema de raíz.

- Es cierto que como Iglesia intentamos, con nuestra presencia y acción solidaria, llegar a muchos lugares, a muchas familias donde nadie llega, y sepan que lo seguiremos haciendo, pues, dentro de nuestra misión evangelizadora que busca anunciar la presencia del Reino de Dios, no nos es indiferente el hambre y la precariedad en la que viven tantas familias. En esa misma línea, como Iglesia no podemos sentirnos ajenos al desastre ecológico al cual hemos llegado por la irresponsabilidad de tantos, por eso es que ya desde hace muchos años atrás, en Bolivia la Iglesia ha pronunciado su voz en

algunas Cartas Pastorales, como por ejemplo: El año 2000 publicó la Carta: *Tierra - Madre fecunda para todos*; en 2003 la Carta: *Agua - Fuente de Vida y Don para todos*; también publicó la Carta Pastoral sobre *Medio Ambiente y Desarrollo Humano en Bolivia* en 2012; y la Carta Pastoral sobre *Narcotráfico y Drogadicción* en 2016. En todas ellas se hacía un llamado a cuidar esta nuestra Casa Común.

- Otra forma de maltrato al vulnerable es sin duda, la intolerancia que desemboca en ataques entre personas, grupos o países, es de lo que estamos siendo testigos estas semanas, es el caso de nuestros hermanos de Palestina e Israel, o la otra situación que lleva ya más de un año entre Ucrania y Rusia, u otras tantas guerras. Creo que aquí no se trata de ponerse de un lado o del otro, no se trata decir cuál tiene la razón –ya que, como lo decía el Papa Francisco: “Con la guerra todos perdemos”–, de lo que se trata es de trabajar por una sociedad, por un mundo donde la primera apuesta, por así decirlo, sea

el diálogo, la reconciliación, la búsqueda de justicia, lo que derivará en la vivencia de una auténtica paz.

- Jesús es claro en el evangelio frente a la pregunta: “¿Cuál el mandamiento grande de la Ley?”, a lo que responde: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu espíritu”, pero no se queda en eso, ya que Jesús sabía el riesgo de espiritualizar nuestro amor a Dios olvidándonos de los demás, por eso completará la respuesta diciendo: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”, y parafraseándolo, podemos decir que de estos dos mandamientos depende todo, quedarnos solo en el primer mandamiento nos lleva a caer en un fundamentalismo religioso que, a su vez, se queda solo en lo espiritual y no nos compromete en la relación con los demás y con nuestro entorno. Recordemos lo que nos dice al respecto 1Jn 4, 20: “Si uno dice que ama a Dios mientras odia a su hermano, es un mentiroso”, nada más aclaro que esto.

- Aprendamos a poner en práctica estos dos mandamientos, aprendamos a comprender que un mandamiento no es opcional, es decir, si quieres lo cumples o no; el mandamiento es una orden, en este caso debe convertirse en una norma de vida y Jesús nos lo ordena en función de nuestro bien, porque sabe que apoyados e inspirados en el amor a Dios, el amor a los demás es más auténtico, busca el bien no solo de uno, sino también del otro. Si caminamos así en nuestra vida, estaremos trabajando para nuestra edificación y la de los demás, estaremos dando pasos en la vida de santidad.
- Quiero terminar esta mi reflexión haciendo alusión a lo que estamos a pocos días de vivir: la solemnidad de Todos los Santos y la conmemoración de los fieles difuntos, dos celebraciones que nos hacen elevar la mirada al cielo, contemplando la realidad de los santos y de los difuntos. La primera nos ayuda a ser agradecidos con la cantidad innumerable de santos que desde el cielo van intercediendo por nosotros, pero asimismo nos exige poner nuestra vida delante de Dios y hacer el empeño de trabajar día a día también por nuestra

santidad, sabiendo que todos somos llamados a ser santos. La santidad no es propiedad de nadie, porque algunos pensarán equivocadamente que se llega a ser santo solo si eres sacerdote o religiosa, o que si perteneces a uno u otro grupo. Lo dice el Papa Francisco en la Exhortación Apostólica *Gaudete et Exsultate*, sobre el llamado a la santidad en el mundo actual: “Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra”.

- Y la segunda celebración dedicada a los difuntos el jueves 2 de noviembre es una invitación a recordar, por un lado, que en nuestra vida experimentaremos la muerte, pero con la promesa de la inmortalidad gracias al acontecimiento de la resurrección, nuestra contemplación de la muerte no debe quedarse en la tristeza o el dolor, sino que debemos ir más allá, llegar a la alegría fundamentada en la esperanza que nos da la resurrección. La oración colecta de ese día va en este sentido, dice: “Escucha con bondad nuestros ruegos, para que, al crecer nuestra fe en tu Hijo resucitado de entre los muertos, se

afiance también nuestra esperanza en la resurrección de tus hijos difuntos”. Vivamos estas dos fechas descubriendo su auténtico significado, que además, en el caso de la conmemoración de los fieles difuntos, va acompañado de prácticas en diferentes lugares, con el mensaje de que en nuestra existencia, la muerte no tiene la última palabra.

- Pidamos a nuestra Madre, la Virgen María, que interceda por nosotros y que nos ayude en lo cotidiano de nuestra vida, como ella lo hizo, a saber amar a Dios y al prójimo, a trabajar por nuestra santidad y a mirar con esperanza la realidad de quienes ya han muerto. Amén.